



Consumidos
por el fuego Jaume
Cabr 



Ismael no tuvo una infancia nada fácil, pero a pesar de todos los obstáculos logró estudiar y ahora se gana la vida como profesor de Lengua y Literatura. Un día se topa por casualidad con una antigua vecina y poco a poco empiezan a intimar, hasta que otro encuentro aparentemente casual, esta vez con el exconserje del instituto en el que da clases, conduce a Ismael a una situación límite con consecuencias aterradoras. Recobrar la memoria y conseguir desentrañar la maraña de sucesos en los que está atrapado será una tarea difícil, que la destreza de Jaume Cabré combina magistralmente con las peripecias de un perspicaz y ensimismado jabalí.

Los ingredientes de la narrativa de Cabré resurgen con gran maestría: una historia subyugante, unos personajes con claroscuros inquietantes y sorpresas de alto voltaje literario convierten la lectura de esta novela en un placer irresistible.

Índice de contenido

Cubierta

Consumidos por el fuego

Íncipit

Ismael

Éxplicit

Sobre el autor

Notas

A Margarida

Y ¿qué?

ZVI KATZ

... ist dies etwa der Tod?
[¿Es esto, quizá, la muerte?]

RAHN DE BAVARIA,
O ¿tal vez lo dijo antes Joseph von Eichendorff?

Íncipit

Seguro que alguna vez, de noche, habéis visto una falena grande o pequeña volando de esa forma tan irregular, atraída por la luz de una farola. A la pobre mariposa nocturna le pueden pasar dos cosas: o se aleja porque la distrae algún movimiento, y salva la vida, o se acerca a la farola y, poseída por un frenesí, empieza a dar vueltas en una trayectoria helicoidal que se acelera a medida que se acerca a la bombilla o a la llama y, cuando la toca, arde inmediatamente. Es como un autosacrificio al dios de la llama. Si la luz es de una bombilla o está rodeada por un cristal protector, la falena, entusiasmada, se aproxima sin pensar en peligros ni en sacrificios. Y pasa rozando a otras congéneres que han tenido la misma idea y orbitan en una ávida contradanza alrededor de la farola. Hasta que una salamquesa tierna y pacífica, que, en virtud de antiguos pactos que no admiten discusión, está de guardia en la pared de al lado de la farola, abre la boca y se come a la falena a la que el sueño de la luz de su farola había atraído. Ese coto de caza, detrás de la farola, casi pegada a la pared, es un chollo que la salamquesa tiene que compartir con otras colegas que también han descubierto las ventajas de la caza de acecho, en vez de tener que corretear incómodamente por las paredes de la casa y llegar tarde a cualquier bicho comestible. Si la salamquesa tiene suerte, al final de la temporada habrá doblado su volumen y su peso. Y la concurrencia de falenas no habrá menguado ni un solo día, bendito sea el señor; ni siquiera se sabe de dónde salen tantas como llegan atraídas por la luz. Pues bien: en la historia que os quiero contar, creía que yo era una salamquesa (pacífica y tierna) y resultó que no, que era una mariposa nocturna gris deslum-

brada por la luz, una falena que ignoraba los peligros que acechan en las farolas y la mortífera eficacia de la luminosidad que proyecta incluso la llama de una humilde vela.

Sí, es la historia de mi vida. Y la de algunos más también, sí. Ah, y llamadme Ismael. Eso es, Ismael, lo habéis leído bien. Sí, como el de Moby Dick. ¡Qué pesados...! Sí, me lo dice todo el mundo. Pero no me parezco en nada, puedo jurarlo. Aunque creo que no hace falta.

Ismael nació el día más frío del año. Era miércoles y la poca gente que circulaba por la calle a las ocho de la tarde solo pensaba en ponerse a cubierto lo antes posible. El día más frío del año y tal vez de la década. Su padre era flautista en la banda municipal y el copista profesional de partituras y particellas de unas cuantas orquestas. Dicen que Rampal le encomendó que copiara unas cincuenta particellas de su repertorio habitual y que gracias a eso pasaron una temporada de holgura económica. Lo dicen, pero nadie puede jurarlo sobre la Biblia. Cuando Ismael cumplió diez años, su padre todavía era flautista y copista. Un buen día le pidió que se sentara delante de él y le dijo hijo mío, has de saber que naciste del frío y que, por culpa del frío que le caló hasta los huesos, tu pobre madre y esposa mía contrajo una pulmonía que casi se la lleva al cielo. Por tu culpa.

—Pero papá... ¡Yo no lo sabía!

—No hace falta saber mucho —contestó el padre en un tono sentencioso, dándose importancia— para responsabilizarse de la desgracia ajena.

El niño, al borde de las lágrimas, se quedó reflexionando un rato; pensaba con tanta fuerza que casi se le oían los engranajes del cerebro. Y al final dijo pero mamá no murió de frío, papá.

—En eso tienes razón: no se murió de frío. Pero la afectó mucho.

—Y yo tenía nueve años cuando murió.

—¿Nueve?

—Fue el año pasado.

—¿El año pasado?

—Sí.

—Da igual; pero, desde que naciste tú, se quedó tan delicada que al final murió de todos modos. Y ten en cuenta que fue por tu culpa.

Un niño de diez años no sabe ver si su padre se está volviendo loco. Pero le dio pena y se echó a llorar. Y su padre refunfuñó sí, claro, encima ponte a llorar. ¿Qué diría esa vecinita que tanto te gusta?

—Que diga lo que quiera.

Mentira: se moriría de vergüenza si Leo lo viera llorar, o lo oyera.

A partir de esta conversación, la vida familiar fue muy ajetreada. Pasaron meses y años y un día el padre sufrió una automutilación del dedo índice de la mano derecha que le impidió seguir tocando la flauta e incluso escribir partituras, y declaró delante del médico que lo había hecho porque estaba hasta las mismísimas narices de ese trabajo y que quería descansar. Incluso insinuó veladamente que había sido por culpa de su hijo, porque no se había deshecho de todos los cuchillos de casa. Antes de encerrarlo en un manicomio probaron si, con un trabajo muy distinto, el hombre recuperaba la cordura. A una inteligencia preclara se le ocurrió que la mejor manera de devolver la cordura a un padre era ponerlo a trabajar en una gasolinera. Y un día, cuando Ismael vivía con curiosidad el nacimiento de vello en todo el cuerpo y el descontrol de la voz, que se le llenaba de gallos inesperados, cosa que lo mortificaba si lo oía Leo, que cada día estaba más guapa, decidió presentarse en la gasolinera y, cuando su padre terminó de servir a un sediento Ford lleno de bultos que parecía querer bebérselo todo, todavía con la manguera en la mano se encogió de hombros interrogativamente y, como el chico no dijo nada, fue él mismo el que preguntó qué leches haces aquí en vez de estar en el colegio.

—No fue culpa mía.

—¿A qué te refieres?

—A la muerte de mi madre. Ni lo de tu accidente con el dedo.

—Bueno, yo no he dicho que...

—Sí lo has dicho. Me tienes manía.

—Anda, ¡vete a hacer puñetas!

—Como quieras —dijo el chico sin moverse.

—¡Vaya! ¿Ahora te haces el sabiondo?

—Papá...

—¡Anda al colegio! O te riego ahora mismo y ya verás como echas a correr.

—Papá...

El padre lo apuntó con la manguera y proyectó el chorro de gasolina hacia su hijo, que tuvo que guarecerse detrás de un Stromberg reluciente que entró en ese momento en la gasolinera. Ismael huyó sin mirar atrás, pero, después de vagar por la ciudad con los ojos llorosos, cuando volvió a casa bastante tarde se encontró con una señora muy amable que le preguntó si era Ismael; él dijo que sí, y ella, pues resulta que tu padre...

—¿Qué le pasa?

—Hemos tenido que ingresarlo.

—Está loco. Está como una cabra.

—No digas esas cosas. Está enfermo.

—Enfermo de locura. Quería quemarme vivo.

—Sí, lo sabemos. Ahora está en tratamiento y tú y yo tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De lo que vamos a hacer contigo. De eso es de lo que tenemos...

—¿A qué se refiere?

—Pues... que no puedes vivir solo.

—Hace dos años que me ocupo de la compra y preparo la comida todos los días.

—Y ¿de dónde sacas el dinero?

—Mi padre lo deja en el azucarero, bueno, antes era el azucarero.

—Pues ahora te vamos a llevar a un sitio en el que te lo dan todo hecho.

—No quiero ir a la cárcel. Es mi padre el que está loco.

—No, no, cielo... —dijo la señora, muy amable, riéndose—. Nada de cárceles. Es un piso, con otros chicos y con un tutor.

—Ni borracho, señora.

Esa misma noche se lo presentaron a cuatro indiferentes compañeros de piso y al monitor, que se llama Àlex. ¿De acuerdo?

Le tocó una habitación con dos camas. La otra la ocupaba uno de los nuevos compañeros indiferentes llamado Simó, que, por lo visto, se pasaba el día leyendo y tardó una buena hora en darse cuenta de que le habían endosado al nuevo.

—¡Hola! —le dijo Ismael por tercera vez.

Entonces Simó apartó los ojos del libro y lo miró en silencio un rato muy largo. Y, después del exhaustivo examen, puso un marcapáginas en el libro, lo cerró y respondió hola.

Al día siguiente Simó le contó que sus padres estaban en la cárcel por falsas acusaciones. Y ¿a ti qué te ha pasado?

—Mi madre murió. Se murió de frío. Hace tiempo.

—Ostras. Y ¿tu padre?

Cuando ya llevaban unos cuantos días que, al volver del colegio, merendaban y fingían hacer los deberes, Ismael preguntó a Simó por qué lees tanto.

—Me gusta.

—Es un ejemplo que podríais imitar todos, ¿no os parece? —intervino el monitor mientras descargaba las bolsas de la compra para la mitad de la semana.

—Qué rollo —dijo un rubio casi albino.

En el piso se rumoreaba que lo habían pillado jugando partidas clandestinas de póquer. La verdad era que ninguno de los que vivían allí sabía por qué motivo en concreto estaban los demás en casa de Àlex. Todos respondían con evasivas y no hacían preguntas porque sabían lo desagradable que era tener que contestarlas.

Quince días después Ismael ya había leído un libro que le había dejado Simó y, como si de un rito iniciático se tratara, se dejó llevar por el propio Simó y por Àlex a la biblioteca del barrio. Simó le puso en las manos un librote grueso, abierto por la primera página, y señaló arriba del todo con el dedo:

—Aquí empieza la novela. Lee en voz alta.

—Llamadme Ismael —leyó Ismael.

Y, asustado, dejó de leer. Àlex disimuló una sonrisa de satisfacción y Simó preguntó si podían llevarse el libro.

¿Por qué fausto motivo Ismael habría ido a parar a ese piso en el que las discusiones eran mínimas y de donde todos deseaban irse, pero sin prisa alguna, porque la vida con los residuos familiares, si es que les quedaba alguno, era una opción casi suicida? Por azar.

Es cierto que Ismael leyó la primera página de la novela unas treinta veces. Pero no fue capaz, ni mucho menos, de leerla entera, porque no te parecen un rollazo tantas cosas raras de los barcos de vela y con el mar por todas partes y...

—Déjalo. No tienes obligación de terminar ningún libro, solo los que lo merezcan.

—¿Eso significa que Moby Dick es un libro malo?

—No. Significa que todavía no estás preparado para...

—Y ¿quién leches eres tú para decirme que no estoy preparado?

—De acuerdo, de acuerdo. Allá tú.

Y se concentró en el libro que estaba leyendo, que no era tan gordo como el de Ismael. Ismael tardó unos días en bajarse del burro y pedir permiso a Àlex para ir a la biblio-

teca a cambiar el libro por otro que no sea tan gordo, señorita. Y aprendió que era muy difícil discutir con Simó; todavía no entendía por qué ese chico tan equilibrado vivía en un piso de chicos descarriados. Bueno, sabía que sus padres estaban en la cárcel por falsas acusaciones.

—Simó —le dijo una tarde lluviosa de primavera.

—¿Hummm? —respondió, sin levantar la vista del libro.

—¿Cuáles son las falsas acusaciones?

—¿Qué dices?

—Sí, hombre. ¿Por qué tus padres...?

Simó cerró el libro sin poner el marcapáginas, se levantó y le sacudió un puñetazo en la nariz que le provocó una hemorragia durante un par de horas, a pesar del algodón y el agua oxigenada. Ismael aprendió, de un golpe seco, la importancia capital que tiene el silencio en esta vida. Ni la víctima, ni el agresor, ni Àlex ni los demás compañeros de piso consideraron que fuera necesario comunicar el incidente a las autoridades de protección de la infancia, porque Ismael se lo había ganado, por burro. Y además, con tanto vello por todo el cuerpo, de niño apenas le quedaba nada.

Cuando terminó el bachillerato se enteró de que el piso de Àlex era una cosa excepcional. Que la suerte que había tenido en la vida no era lo que pudiera pasarle en la universidad, sino haber ido a parar a un piso que se regía por unas reglas diferentes. Lo despidieron sus compañeros, aunque no quedaba ninguno de los que había cinco años antes, porque el tiempo pasa para todo el mundo, menos para Àlex, que todavía no tenía ni una cana. Antes de empezar el curso fue a ver a su padre.

—No, prefiero ir solo.

—Si quieres puedo...

—No, Àlex. Recuerda el sermón que nos has soltado hace unas horas cuando anunciaste a los demás que me iba y tal, que es lo mismo que nos dijiste cuando se fue Simó...

—Oye, no empieces a criticarme...

Se dieron un abrazo a la entrada del sanatorio en el que estaba recluido el padre de Ismael, sabiendo que probablemente no volverían a verse nunca más. Y, sin mirar atrás para decir adiós a Àlex, entró en la institución en la que su padre había aprendido a copiar partituras con la mano izquierda.

¿Qué te parece, muchacho?, le dijo su padre como si acabaran de verse el día anterior. Y le enseñó unos garabatos ilegibles que se salían del pentagrama y alrededores con mucho garbo. Ismael vio la cara de orgullo y satisfacción del hombre. Llevaba preparado un discurso para decirle maldito padre mío, estás como un cencerro, esta es la última vez que vengo a verte; las tres anteriores vine porque me obligaron mis tutores. Ahora comprendo que me podías haber convertido en un desgraciado. Por suerte, no soy más que un pobre hombre que quiere recobrase de los golpes que me has infligido, aunque a lo mejor no sabes qué quiere decir infligir. He encontrado a buenas personas que me han hecho de padre; tú quisiste rociarme con gasolina, y, bueno, eso aún. Pero lo que no te voy a perdonar en la vida es que me culparas de la muerte de mi madre. He pasado noches enteras preguntándome por qué me tratabas así. Porque a mi madre sí que la he echado mucho de menos. Todavía la echo de menos ahora, que soy mayor. En resumen, que me libero de tus ataduras, ahí te quedas. Ya me avisarán cuando te mueras. Por cierto, no he estudiado clarinete, ni flauta ni mandangas de esas. Voy a estudiar en la Facultad de Letras: latín y germánicas, que ni siquiera sabes lo que quiere decir. En resumen, que te den. Y he encontrado trabajo en un colegio. Pagan poco, pero lo suficiente para no morirme de hambre.

Sin embargo, en vez de largarle el sermón, se quedó en silencio, cogió la hoja que le tendía su padre y la miró con falso interés como si semejantes garabatos pudieran leerse.

—Buen trabajo, padre.

Al menos, fue fiel a su propósito: no volvió a verlo hasta que lo avisaron de su defunción. No asistió nadie, excepto él, a la especie de ceremonia que le organizaron. Ni falta que hacía. Ahora empezaba su vida sin depender de nadie.

Y la empezó con un sueldo escaso pero seguro, que se ganaba dando clases de latín y de literatura en una academia en la que mantenían un estricto control de calidad de las enseñanzas que impartían los profesores baratos como él, porque todavía no habían terminado los estudios. Lo que querían decir con calidad de las clases era todo un misterio. Comprobó que si obligaba a los alumnos a aprender de memoria lo que decía el libro de texto, todo iba como la seda. Pero el día que llevó un poema de Carner y lo escribió en la pizarra recibió un aviso de la directora convocándolo a su temible despacho; esta le dijo pero usted qué se ha creído, mirándolo a la boca en vez de a los ojos.

—¿Cómo dice?

Silencio ofendido de la directora. Y él quiso saber y preguntó qué me he creído de qué.

—Distrae usted a los alumnos con tonterías.

—¿Qué tonterías?

—Escribir poemas en la pizarra, como los enamorados.

—Era una clase de literatura.

—Literatura española. La literatura catalana está prohibida.

—¿Se puede prohibir una literatura?

—No se haga el gracioso.

—Era un soneto magnífico. Entonces, ¿qué quiere que enseñe?

—Nombres de autores —y dio un manotazo en la mesa—, sus obras principales, nombres de corrientes estéticas y, lo más importante, nada de política ni de meterse en berenjenales. ¿Quiere que nos denuncien?